

El pacto
Mi amistad con Karen Blixen
THORKILD BJØRNVIG

Epílogo de William Jay Smith

Traducción de Rodrigo Crespo

gatopardo ediciones 

Título original: *Pagten*

© Thorkild Bjørnvig & Gyldendal, Copenhague, 1974.
Published by agreement with Gyldendal Group Agency
© Epílogo cedido por los herederos de William Jay Smith.

© de la traducción: Rodrigo Crespo, 2022
© de la traducción del epílogo: Lucas Villavecchia, 2022
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2023
Rambla de Catalunya, 131, 1.º, 1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo, 2023

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Karen Blixen vestida con un chal de piel
de leopardo (1958)

Imágenes del interior:

Pág. 7: Karen Blixen en Rungstedlund

© Børge Noes

Pág. 63: Karen Blixen y Thorkild Bjørnvig hacia 1950

© Rungstedlundfonden

Pág. 139: Karen Blixen, Thorkild Bjørnvig y su esposa Grete hacia 1950

© Rungstedlundfonden

ISBN: 978-84-125773-9-6

Depósito legal: B-23426-2022

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Karen Blixen en Rungstedlund.



EL PACTO



No recuerdo cuándo conocí a Karen Blixen. En mi época de estudiante había leído *Siete cuentos góticos* y *Cuentos de invierno*, pero no sabía nada de la autora; me preocupaba tan poco quién era como saber quién pudiera haber escrito los cuentos de *Las mil y una noches* o *Los cuentos* de los hermanos Grimm. De hecho, creía que no seguía viva, y me quedé muy sorprendido cuando empezamos a buscar colaboradores para la revista *Heretica* y Ole Wivel sugirió su nombre. Incluso la conocía personalmente. Me pareció increíble que siguiera viva y que quisiera colaborar en la revista, algo que Ole Wivel no consideraba imposible. En junio de 1947, estaba yo en Copenhague de permiso en el aeródromo de Karup, cuando, junto con Bjørn Poulsen y Knud W. Jensen, decidimos hacerle una visita para presentarle nuestros planes, pero acababa de marcharse, así que tuvimos que posponer el encuentro, y continuamos nuestra expedición con Vilhelm Grønbech, Martin A. Hansen, Paul la Cour y Erik Knudsen. Finalmente, en el invierno de 1948, tras la publicación de mi primer poemario, *La estrella detrás del muro*,¹ conocí a Karen Blixen, o más bien recuerdo

1. Título original en danés: *Stjærnen bag gavlen*. (N. del T.)

haberla conocido, y también recuerdo claramente tanto la ocasión como la velada que pasamos juntos.

Durante una de mis breves estancias en Vedbæk, mientras yo aún vivía en Risskov, al lado de Aarhus, fui invitado inesperadamente a una pequeña reunión vespertina en el apartamento de invierno de Rungstedlund. El motivo, según indicaba Karen Blixen junto con la invitación, era que su sobrina, la condesa Caritas Bernstorff, estaba absolutamente entusiasmada con mis poemas y deseaba conocer al autor. Había recibido la invitación el día anterior a la velada y recuerdo que sentí vértigo; era la primera *lectora* a la que iba a conocer, y además ella deseaba conocerme, así lo había expresado, y como si eso no bastase, ¡era condesa y sobrina de la baronesa! Presa de una gran excitación, me quedé paralizado, como si se hubieran abierto las puertas al gran mundo y pronto fuera a estar en el umbral de la fama y la aventura. Una exaltación. Me alojaba en casa de Bjørn Poulsen, que ya se había trasladado a Vedbæk y había empezado a editar *Heretica*; aquella noche no dormí mucho, me calcé varias veces las botas de goma y salí a pasear en camión entre la maleza y el frío invernal que se extendía bajo los grandes árboles para apaciguar así mis exaltadas expectativas.

La noche siguiente bajé en bicicleta a Rungstedlund; me hicieron pasar y saludé a Karen Blixen, Thomas Dinesen, la condesa Bernstorff y su familia. Las señoras llevaban vestidos largos como de gran gala, algo que resultaba extraño en el apartamento de invierno, que era relativamente pequeño, como si de pronto hubieran metido un salón de baile en una cajita mágica. Después del jerez y las almendras saladas, nos asignaron los puestos en la mesa. Tenía a la condesa de mis sueños a mi lado, era majestuosa y amable, y tanto las circunstancias como el jerez se me habían subido un poco a la cabeza después del frío que

había pasado durante el trayecto en bici. Tras habernos sentado, y en un momento en que Karen Blixen salió de la habitación, la condesa se inclinó hacia mí en ademán confidencial y, con concisión y sin circunloquios, me dijo: «Debe disculparme, pero aún no he tenido ocasión de leer sus poemas, y lo lamento profundamente, pues Tanne² me los prestó diciéndome que debía leerlos sin falta para esta noche. Le ruego, por tanto, que no se lo diga». ¡Mi primera lectora! Pero así se lo prometí, y no me resultó difícil ocultárselo a Karen Blixen. Y allí estaba, con una sensación más que extraña, algo agitado, como si hubiese tropezado de manera poco digna en el umbral de la fama y ahora intentase pasar lo más desapercibido posible. Que la condesa desconociese mis expectativas lo hizo mucho más fácil y, de repente, sentí un gran alivio y estallé en una carcajada. Después comimos y bebimos y mantuvimos una excelente conversación sobre otros temas. Cuando nos despedimos, Karen Blixen me invitó a volver pronto.

A finales de la primavera me trasladé con mi familia a una cabaña situada en un extremo del terreno que ocupaba la casa de troncos de Bjørn Poulsen, a pocos kilómetros de la costa de Vedbæk. La proximidad facilitó e intensificó el trabajo editorial. Hasta Børnebo, así se llamaba el lugar, llegaba muchas tardes Karen Blixen, en bicicleta o paseando, tomaba el té con mi mujer y conmigo, y en ocasiones jugaba con nuestro hijo de apenas dos años, al que su presencia turbaba de tal modo que de vez en cuando ejecutaba bailes extraños, hasta el punto de que ella una vez exclamó: «¿No se parece a Ofelia en la Danza de la Locura?». Hablábamos de todo, ella repitió la invitación y yo comencé a visitarla con bastante frecuencia, hasta que me dijo que siempre tendría las puertas abiertas (incluso literalmente)

2. Así llamaban a Karen Blixen en familia. (N. del T.)

para entrar sin llamar. Más tarde, cuando nos conocimos mejor, me dio permiso para que la molestara a cualquier hora, incluso de noche: si tenía que decirle algo importante, podría tirarle piedrecitas a la ventana. No obstante, no me aventuré a hacer uso de esta generosa propuesta, ni encontré nunca ninguna razón para ello.

Me parece recordar que nuestros encuentros fueron siempre en el apartamento de invierno en el que creo que vivió todo ese año. A menudo, cuando yo llegaba, ella estaba sentada en una banqueta tapizada, acurrucada junto a la ventana que tenía justo detrás, escuchando música del gramófono. Entonces me sentaba en silencio y escuchaba la música sin saber si ella había advertido mi presencia, y de vez en cuando miraba su perfil, grandioso y triste, a contraluz, bajo el sol de primavera o el crepúsculo invernal. Quizá fingía no verme hasta que la música había terminado, pero el caso es que siempre exclamaba, asombrada, que no me había oído llegar.

En una de mis primeras visitas, me mostró la reseña sobre *Siete cuentos góticos* de Frederik Schyberg y la comentó profundamente alterada y con un oscuro lamento en la voz. Más tarde me di cuenta de que no era yo el primero a quien se la había mostrado, y que la sentía casi como la expresión de la opinión de todo el país hacia el libro y hacia su persona, y que le causaba un desconuelo que ni los elogios ni la objetividad podían aplacar... Pero yo no lo sabía en ese momento, y me sorprendía que la segura mujer de mundo e inteligente poetisa, que gozaba de una fama vastísima e incondicional, pudiera sentirse tan desazonada por una simple crítica. Ahora sé, por fin, que este extraño envenenamiento afecta, casi sin excepción, incluso a los más grandes artistas. En aquel momento la leí, pero no quise entrar en detalles de inmediato y preferí llevármela prestada a casa, prometiéndole que le escribiría

una carta dándole mi opinión. Lo hice poco después, y puesto que esta carta, además de sobre la situación concreta que la provocó, dice mucho de mi percepción sobre la literatura de Karen Blixen antes de conocerla, y algo sobre nuestra relación en aquel momento, citaré el párrafo principal; está fechada el 9 de marzo de 1948:

He podido analizar la reseña gótica de Schyberg, un alma puritana y agitada, la voz casi le tiembla por su exagerada indignación, además de por la sensación de ir a contracorriente. Pero, sea como sea, la reseña puede tener su propia lógica, y no se puede pretender que un verdadero crítico sea un camaleón: que combine su opinión personal con una universalidad incondicional. Lo que resulta irritante y desagradable es que, como ya dije, busca su punto de partida fuera del libro, y no en él, y al hacerlo así llega a distorsiones casi blasfemas, a esa indignación violenta y extraña que llega a chirriar. El punto de partida parece ser la propia baronesa y la crítica americana, cuyo panegírico se ha interpuesto como un velo entre él y el libro. Para ser sinceros, he de decir que, si yo hubiera llegado a los *Siete cuentos góticos* después de haber leído esa reseña, creo que habría albergado serias sospechas sobre el libro. Es extremadamente raro, por no decir inaudito, que un libro de primer orden alcance, hoy en día, el éxito de los *Siete cuentos góticos*, y si esto ha ocurrido creo que se debe a ciertas particularidades que a ojos de Schyberg son irrelevantes, cosa que, en este caso, es completamente falsa. Cierto es que la profundidad en el *Werther* de Goethe no fue lo que le procuró el éxito, por lo que, del mismo modo, no creo que los *Siete cuentos góticos* deban su éxito a su íntima sabiduría. Creo que, en efecto, Schyberg tiene razón cuando menciona las cosas a las que cree que el libro debe su gran éxito: la magia de los nombres, el romanticismo, el

ambiente aristocrático, el misterio, etc. Pero Schyberg no ha visto nada más, y es que sencillamente le falta la percepción de las cualidades centrales del libro, de lo que irradia: la sabiduría en cuentos como «Los soñadores» y «El diluvio sobre Norderney». Pero también me parece que la crítica angloamericana comete el mismo error y, como Schyberg, ve solo el aspecto superficial, aunque, en ese caso, la primera lo elogia, mientras que al segundo le resulta indignante. Afortunadamente, yo leí el libro con la misma inocencia, claridad y fuerza con que había leído a Shelley, Poe, Baudelaire, sin que me complaciera o molestara el hecho de conocerla a usted y sin estar condicionado por críticas maliciosas o entusiastas, y si realmente tuviera que escribir un libro sobre su obra, mi única, clara fuente de inspiración sería la fuerza de la primera impresión.

Por aquella época, Karen Blixen quería que yo escribiera un libro sobre su obra literaria (algo que yo también había considerado) y deseaba que se publicara antes que el de Hans Brix, del que esperaba lo peor después de haber leído lo que había escrito sobre Nis Petersen, que le pareció que no pasaba de un cotilleo chistoso y de mal gusto; ya la mera expresión «el bueno de Nis» la incomodaba, igual que la preocupación del celoso investigador por los calzoncillos sucios y los calcetines agujereados del poeta, sus graciosos cuentos chinos y sus robos literarios. Cuando le comenté que no podría publicar mi libro antes que el de Brix, me sugirió que escribiera un artículo sobre su obra, para abrir una polémica contra el juicio de Schyberg, pero le contes-té que una intervención de ese tipo sería vista con cierto retraso, sin un motivo de peso, ni con una justificación espontánea. Y así quedó lo del libro..., por un tiempo, pues también me preguntó si querría ser su albacea literario. Pero cuando nuestra familiaridad e intercambio espiritual